

Fracaso

La estética del perdedor

Fernando Gracia

El cine es un muestrario inagotable de fracasos que admiramos.



Recortable de "Tiempos Modernos" para su estreno en España

Una frase largamente utilizada en el cine americano ha sido la de "eres un perdedor". Ser un *looser* en una sociedad tan competitiva como la nuestra parece ser uno de los peores insultos que se le puede espetar a alguien. En un país donde "cualquiera" puede llegar a presidente, como rezaba cierta publicidad, el no ser nadie parece estar muy mal visto. Y el cine nos ha presentado un buen número de personajes a los que no le había ido nada bien en la vida.

Pero no ha sido solo el cine americano el que ha tratado esta figura. Simplemente, quiero anotar que son sus guionistas los que recurren a la frasecita. Por Europa parece que no la utilizamos tanto, aunque "haberlos haylos".

Curiosamente, esos personajes suelen ser más atractivos al espectador que los contrarios, los triunfadores. Nos encanta ver el ascenso y posterior caída de un personaje, quizá porque pensamos que nosotros nos hubiéramos manejado mejor en si-

tuaciones semejantes a las suyas. A lo mejor es que no nos alegra demasiado el éxito ajeno, como si su consecución redujera nuestras posibilidades.

Podemos reírnos con las desdichas de los personajes, que aunque lo intentan no consiguen el éxito. El gran Chaplin se dio cuenta rápidamente de esto y su personaje de Charlot podría pasar como ejemplo de perdedor. Un perdedor que, eso sí, nunca pierde la compostura ni aun en las peores circunstancias.

El cine negro abunda en estos tipos. Gente que por las razones que sean circula por el lado oscuro de la vida, siempre con la esperanza de mejorar, y que inexorablemente acaba fracasando aunque por el camino brillen momentos de gloria. Las peripecias de tantos y tantos gánster que pudimos ver en las pantallas de los treinta y cuarenta —años de oro del género— acababan con su fracaso, a pesar de que por momentos hubiéramos sentido empatía por ellos.

Bogart componía perfectamente este tipo de personajes. Ese rictus de escepticismo, producido realmente por una herida de guerra, ya que se le clavó una esquirla de madera en un ataque al barco donde servía, le hacía claramente favorito para ser un hombre al que al final no le iban a ir las cosas lo que se dice bien.

¿Es el final de *Casablanca* la historia de un fracaso? ¿O hay aparentes fracasos que en el fondo son un triunfo? No falta quien dice que la propia vida no es sino la historia de un fracaso, ya que termina como termina. Claro que hay quien dice que lo que importa es el camino, dando por hecho que ese final ya lo conocemos y lo bueno hay que buscarlo en el *interim*.

El cine se ha nutrido, y lo sigue haciendo, de personajes surgidos de la literatura escrita. Y en ella abundan más los personajes atormentados, los gloriosos fracasados, que los claramente triunfadores, que siempre parecieron dar menos juego a los autores.

Empecemos, por ejemplo, con nuestro Don Quijote. Desde un punto de vista materialista y/o pragmático, bien se le puede considerar un fracasado, aunque solo sea porque va de fracaso en fracaso en su por otra parte loable propósito. No me voy a extender en su reflejo en la pantalla, donde solo salvaría la versión de Rafael Gil, con el gran Rivelles, y la vetusta de Pabst.

Sigamos por Raskolnikov, el atormentado protagonista de *Crimen y castigo*. Lo saco a colación como podría sacar a otros. Pero es que tengo bastante reciente un par de versiones vistas hace poco, la que dirigió Von Sternberg con

un inquietante Peter Lorre en el papel principal, y la rusa dirigida por un tal Lev Kuhdzhanov, con el inmenso Innokenti Smoktunovski (famoso su Hamlet en el cine) como el policía que le acorrala. El protagonista, con todo a su favor aparentemente para triunfar en la vida, se siente un fracasado y urde un siniestro plan para revertir la situación, autoconvenciéndose mediante un retorcido paralelismo con el pensamiento napoleónico. Y mira por donde hasta llegamos a empatizar con él.

Hablando de perdedores, cómo no recordar a aquellos personajes que hemos visto perderse en la pantalla... por culpa de una mujer. Haciendo buena la expresión francesa de "*cherchez la femme*", podemos encontrar una larga lista de tipos que van camino del precipicio por culpa de una dama, en el cine americano preferentemente una rubia.

Por ejemplo Fred Mac Murray, ese agente de seguros enredado en los encantos de una peligrosa Barbara Stanwyck, en la obra maestra de Billy Wilder aquí titulada *Perdición*, y en el original *Doble indemnización*.

O Elisha Cook, en *Atraco perfecto*, una obra casi perfecta —valga la redundancia con el título— de un joven Kubrick. Un actor este que siempre hizo de secundario y que llevaba escrita en su cara la efigie del perdedor, la del pobre hombre al que las pérfidas mujeres solo se le acercarán para sacarle lo que puedan.

O ese profesor Unrath de Ángel azul, llevado a la miseria por los encantos de Marlene Dietrich, bajo la impactante estética de Joseph Von Sternberg, mentor de la diva y a la postre un damnificado más de ella.

O los perdedores en el deporte, que el cine ha tratado con tanta frecuencia, aunque a veces relacionados con deportes de no demasiado arraigo por estos lares. Nos gusta ver esas historias de gente que aunque en el marcador pueda perder lo han dado todo para luchar contra las adversidades, habiendo ganado al menos el respeto, el de los contrarios y el propio.

Me viene a la mente una película inédita en nuestro país, que pude ver

gracias a un buen amigo de esos que no se conforman con lo que nos pasan en las salas comerciales, y que me demostró que la exitosa *Evasión o victoria* de Huston no era sino una copia comercial rodada con más dinero y actores más famosos. Me estoy refiriendo a *El partido de la muerte*, película húngara inspirada en unos hechos ocurridos durante la segunda guerra mundial. Un partido de fútbol en el que los presos vencieron en la contienda deportiva y perdieron luego la vida.

Vayamos a esos personajes que se sienten fracasados por las razones que sean y se precipitan hacia un final traumático como colofón a ese fracaso ya asumido. Como puede ser el personaje de Nicholas Cage en la oscarizada *Leaving Las Vegas*, donde prácticamente se suicida a base de beber hasta la extenuación. Un personaje muy en la línea de Bukovski, entiéndase del autor y de sus propios personajes. Incluso pudimos ver a este novelista como personaje en *Barfly* o en *Ordinaria locura*, crónicas etílicas del fracaso.

Las comedias de atracos han sido salvo honrosas excepciones las crónicas de unos fracasos. Que nos hacen reír, generalmente, no en balde su tratamiento es de comedia y eso lo lleva implícito, el que nos divirtamos y el que les salga mal las cosas a los personajes. Eso es lo que les pasa en *Rufufú*, *Atraco a las tres*, *El oro de Moscú* y similares. Si las cosas les salen bien ya no es una comedia, es otra cosa. Y a veces hasta nos parece bien que se lleven la pasta y que parezca que todo les ha ido bien. Si luego se les tuerce la vida ya será en otra película.

Resumiendo, que esto de fracasar queda muy estético en el cine. Que igual que abundan más las historias de desgracias que las de final feliz —“Así es la vida”, nos hacen pensar—, quedan mejor los personajes que no alcanzan sus objetivos. A veces nos sirven para pensar qué es lo que no debemos hacer para que en una situación similar nosotros seamos más afortunados. Y es que de todo se puede aprender... hasta del cine.